

padrinos en la puerta de..., de donde nos dirigimos al teatro frecuente de esta especie de luchas. Esta no era de aquellas que debían acabar con su almuerzo. Una mujer había faltado y el *honor* exigía en reparación la muerte de dos hombres. Es incomprensible, pero es cierto.

Se eligió el terreno, se dió la señal, y los dos tiros salieron á un tiempo : de allí á poco había espirado un hombre útil á la sociedad. Carlos había caído, pero habían quedado en pié su *mujer* y su *honor*.

Un año hizo ayer de la muerte de Carlos : su familia, sus amigos le lloran todavía.

¡ He aquí el mundo ! ¡ he aquí el honor ! ¡ he aquí el duelo !

EN EL DÍA DE DIFUNTOS DE 1836

## FÍGARO EN EL CEMENTERIO

Beati qui moriuntur in Domino.

EN atención á que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir á esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en qué artículo escribí ( en los tiempos en que yo escribía ) que vivía en un perpetuo asombro de cuantas cosas á mi vista se presentaban. Pudiera suceder también que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte ; cuestión en verdad que dejaremos á un lado por harto poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho, ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que así fuese, hoy día de difuntos de 1836 declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He visto tanto, tanto, tanto..., como dice alguien en *El Califa*. Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y así es que al amanecer un día

de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan; succédeme sí que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el día de los Santos, y fundado en el antiguo refrán que dice: *fiate en la Virgen y no corras* (refrán cuyo origen no se concibe en un país tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendábame á todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que sólo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía; un hombre que cree en la amistad y llega á verla por dentro, un inexperto que se ha enamorado de una mujer, un heredero, cuyo tío indiano muere de repente sin testar, un tenedor de bonos de Cortes, una viuda que tiene asignada pensión sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto, un grande que fué liberal por ser prócer, y que se ha quedado sólo liberal, un general constitucional que persigue á Gómez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del *Mundo* en la cárcel en virtud de la libertad de imprenta, un ministro de España, y un rey en fin constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que á mí me acosaba, me oprimía y me abrumaba en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvía en un sillón de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la frente, como si fuese mi mal mal de casado, ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, á guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis dedos otros tantos gobiernos, ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase más esperanza que en él, ora la bajaba avergonzado como quien ve un faccioso más, cuando un sonido lúgubre y monótono, semejante al ruido de los partes, vino á sacudir mi entorpecida existencia.

¡Día de difuntos! exclamé; y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiase su propia muerte. Ellas también, las campanas

han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo: ellas también van á morir á manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España ¡santo Dios! que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entonces á su término; por una reacción natural cuando se ha agotado una situación, ocurrióme de pronto que la melancolía es la cosa más alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversión... ¡fueral exclamé, ¡fueral como si estuviera viendo representar á un actor español, ¡fueral como si oyese hablar á un orador en las Cortes, y arrojéme á la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada á Gómez.

Dirigíanse las gentes por las calles en gran número y larga procesión, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores: ¡al cementerio, al cementerio!! ¡Y para eso salían de las puertas de Madrid!

Vamos claros, dije yo para mí, ¿dónde está el cementerio? ¿fuera ó dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé á ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.

Entonces, y en tanto que los que creen vivir acudían á la mansión que presumen de los muertos, yo comencé á pasear, con toda la devoción y recogimiento de que soy capaz, las calles del grande osario.

—Necios, decía á los transeúntes, ¿os movéis para ver muertos? ¿no tenéis espejos por ventura? ¿ha acabado también Gómez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, á vosotros mismos, y en vuestra frente veréis vuestro propio epitafio! ¿Vais á ver á vuestros padres y á vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo.

Hablan en voz bien alta, y que ningún jurado se atrevería á encausar y á condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y esa la obedecen.

¿Qué monumento es este? exclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio.

¿Es él mismo un esqueleto inmenso de los siglos pasados, ó la tumba de otros esqueletos? ¡Palacio! Por un lado mira á Madrid, es decir, á las demás tumbas; por otro mira á Extremadura, esa provincia virgen... como se ha llamado hasta ahora. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo:

Y ni los v... ni los diablos veo.

En el frontispicio decía: «*Aquí yace el trono; nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado.*» En el basamento se veían cetro y corona, y demás ornamentos de la dignidad real. La *Legitimidad*, figura colosal, de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habían divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud.

¿Y este mausoleo á la izquierda? *La armería*. Leamos.

*Aquí yace el valor castellano, con todos sus pertrechos.*  
R. I. P.

*Dos ministerios. Aquí yace media España: murió de la otra media.*

*Doña María de Aragón. Aquí yacen los tres años.*

Y podía haberse añadido: aquí callan los tres años. Pero el cuerpo no estaba en el sarcófago; una nota al pié decía:

*El cuerpo del santo se trasladó á Cádiz en el año 23, y allí por descuido cayó al mar.*

Y otra añadía, más moderna sin duda: *Y resucitó al tercero día.*

Más allá: ¡santo Dios! *Aquí yace la inquisición, hija de la fe y del fanatismo: murió de vejez.* Con todo anduve buscando alguna nota de resurrección: ó todavía no la habían puesto, ó no se debía de poner nunca.

Alguno de los que se entretienen en poner letreros en las paredes había escrito sin embargo con yeso en una esquina, que no parecía sino que se estaba saliendo, aun antes de borrarse: *Gobernación.* ¡Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes!

Ni los sepulcros respetan.

¿Qué es esto? ¡ *La cárcel! Aquí reposa la libertad del pensamiento.* ¡ Dios mío, en España, en el país ya educado para instituciones libres! Con todo, me acordé de aquel célebre epitafio y añadí involuntariamente:

Aquí el pensamiento reposa,  
En su vida hizo otra cosa.

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veían en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma, dije para mí, ¿ es la de los escritores, ó la de los escribanos? En la cárcel todo puede ser.

*La calle de Postas, la calle de la Montera.* Estos no son sepulcros. Son osarios, donde, mezclados y revueltos, duermen el comercio, la industria, la buena fe, el negocio.

Sombras venerables, ¡ hasta el valle de Josafat!  
*Correos. ¡ Aquí yace la subordinación militar!*

Una figura de yeso, sobre el vasto sepulcro, ponía el dedo en la boca; en la otra mano una especie de jeroglífico hablaba por ella: una disciplina rota.

*Puerta del Sol.* La Puerta del Sol: esta no es sepulcro sino de mentiras.

*La bolsa. Aquí yace el crédito español.* Semejante á las pirámides de Egipto, me pregunté, ¿ es posible que se haya erigido este edificio sólo para enterrar en él una cosa tan pequeña?

*La Imprenta Nacional.* Al revés que la puerta del Sol. Este es el sepulcro de la verdad. Única tumba de nuestro país, donde á uso de Francia vienen los concurrentes á echar flores.

*La Victoria. Esa yace para nosotros en toda España.* Allí no había epitafio, no había monumento. Un pequeño letrado que el más ciego podía leer, decía solo: ¡ *Este terreno le ha comprado á perpetuidad, para su sepultura, la junta de enajenación de conventos!*

¡ Mis carnes se estremecieron! ¡ Lo que va de ayer á hoy!  
¿ Irá otro tanto de hoy á mañana?

*Los teatros. Aquí reposan los ingenios españoles.* Ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripción.

*El Salón de Cortes.* Fué casa del Espíritu Santo; pero ya el Espíritu Santo no baja al mundo en lenguas de fuego.

Aquí yace el Estatuto.  
Vivió y murió en un minuto.

Sea por muchos años, añadí, que sí será: este debió de ser raquítico, según lo poco que vivió.

*El Estamento de Próceres.* Allá en el Retiro. Cosa singular. ¡Y no hay un ministerio que dirija las cosas del mundo, no hay una inteligencia provisora, inexplicable? Los próceres y su sepulcro, en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincón.

Pero ya anocheecía, y también era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía á muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital toda ella, se removía como un moribundo que tantea la ropa: entonces no ví más que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponía á cubrirle como una ancha tumba.

No había *aquí yace* todavía; el escultor no quería mentir; pero los nombres del difunto saltaban á la vista ya distintamente delineados.

¡Fuera, exclamé, la horrible pesadilla, fuera! ¡Libertad! ¡Constitución! ¡Tres veces! ¡Opinión nacional! ¡Emigración! ¡Vergüenza! ¡Discordia! Todas estas palabras parecían repetirme á un tiempo los últimos ecos del clamor general de las campanas del día de difuntos de 1836.

Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no há mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrado! ¡*Aquí yace la esperanza!*!

¡Silencio, silencio!!!

## LOS BARATEROS

ó

## EL DESAFÍO Y LA PENA DE MUERTE

Debiendo sufrir en este día... la pena de muerte en garrote vil... Ignacio Argumañes, por la muerte violenta dada el 7 de Marzo último á Gregorio Cané...

*Diario de Madrid del 15 de Abril 1836.*

LA sociedad se ve forzada á defenderse, ni más ni menos que el individuo, cuando se ve acometida: en esta verdad se funda la definición del delito y del crimen; en ella también el derecho que se adjudica la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad al reconocer en una acción el delito ó el crimen, y al sentirse por ella ofendida, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto su objeto castigar simplemente, como escarmentar: no se propone otro fin destruir al criminal, sino el crimen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la posibilidad de nuevas agresiones: su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa ¿qué derecho usa? El derecho del más fuerte. Apoderada del sospechado agresor, le es fuerza antes de aplicarle la pena verificar su agresión, convencerse á sí misma, y convencerle á él. Para esto comienza por atentar á la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detención previa es una contribución corporal que todo ciudadano debe pagar, cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligación de aligerarla, de reducirla á los términos de indispensabilidad, porque pasados éstos comienza la detención á ser un castigo, y, lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenación; en el intervalo que transcurre desde la acusación ó sospecha hasta la aseveración del delito, la sociedad tiene, no derecho, pero necesidad de detener al acusado; y supuesto que impone esta

contribución corporal por su bien, ella es la que está obligada á hacer de modo que la cárcel no sea una pena ya para el acusado, inocente ó culpable: la cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno, ni privación que no sea indispensable, ni mucho menos influir moralmente en la opinión del detenido.

De aquí la sagrada obligación que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detención bien montadas y bien cuidadas, y la más sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la cárcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto la sociedad á que pertenecemos conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

Era uno de los días del mes de Marzo: multitud de acusados llenaban los calabozos; los patios de la cárcel se devolvían las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia, ó máscara violenta de la conciencia, las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcásticos estribillos de torpes cantares, regocijo del crimen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de acción, devoraba la existencia de los corrillos: el juego, nutrición de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, más que en ninguna parte, en la cárcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino*, en la suerte de los detenidos: el juego, símbolo de la solución misteriosa, y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que ve la luz hasta que es devuelto á la nada.

En aquellos días existían en esa cárcel dos hombres: Ignacio Argumañes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad: y desde el momento en que aquella á que pertenecían parece segregarlos de sí, ellos se forman otra fácilmente, con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del más fuerte sobre la frente del más débil. He aquí lo que sucede en la cárcel. Y tienen derecho á hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios á sus asociados; desde el momento en que, olvidando la protección que les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico; desde el momento en que el preso al sentar el pié en el patio de la cárcel se ve insultado, acometido, robado



por los seres que van á ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto, el detenido exclama: «Estoy fuera de la sociedad; desde hoy *mi ley es mi fuerza, ó la que yo me forje aquí.*» He aquí el resultado del desorden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, á quienes retira su protección? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos dentro de aquel Argel, efecto de su mismo abandono?

Pero dos hombres existían allí: dos barateros; dos seres que se creían con derechos á imponer leyes á los demás, y á retirar del juego de sus compañeros un fondo piratesco; dos hombres que cobraban el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fué metido en un calabozo por el alcaide, bey de aquella colonia. Á su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesión: éste defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas, *¿quieres parte?* le dice, *pues gánala.* He aquí el hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo que confía su derecho á su brazo.

El día va á espirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una salve á la Madre del Redentor, salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al són del religioso cántico los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debía oír acabar la salve: un segundo transcurre apenas, y con el último acento del cántico llega á los piés del Altísimo el alma de un baratero.

La sociedad entonces acude, y dice al baratero vivo: Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo antes de juzgarte con esa cárcel inmunda que te doy; ahí tolero tu juego y tu barato, porque tu juego y tu barato no molestan mi sueño, pero de resultas de ese juego y ese barato, tienes una disputa que yo no puedo ni quiero dirimir, y me vienen á despertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo de que en vida yo no hice más caso que de ti, puede contagiarme con su putrefacción; y por ende mando que el cuerpo se encierre, y el tuyo con él, porque infringiste mis leyes, matando á otro hombre, aun enton-

ces que mis leyes no te protegían. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta á aquellos á quienes no alcanzan con la protección. Ellas renuncian á amparar, pero no á vengar : lo bueno de ellas, baratero, es para mí, lo malo para ti; porque yo tengo jueces para ti, y tú no los tienes para mí : yo tengo alguaciles para ti, y tú no los tienes para mí : yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para ti, y tú no los tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio, y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que sólo fueron de él ocasión.

Y el baratero : ¿ Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí ? Ignoro si mi vida es mía ; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mía, y por la religión no puedo disponer en ella ; pero si no es mía siquiera, ¿ cómo será tuya ? Y si es más mía que tuya, ¿ en qué pude ofender á la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de común acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero, y sin llamar á nadie en nuestra común cuestión ?

Y la sociedad : Algún día, baratero, tendrás razón ; pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese día en que tendrás razón, y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdicción ; en el día la sociedad á que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente ; ¿ por qué no has aguardado para batirte en duelo á que la ley estuviese derogada ? Por ahora, muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que así lo dispone.

Una luna no ha transcurrido todavía que ha visto sofocado por mi mano á otro hombre por haber vengado un honor que la ley no alcanzaba á vengar...

Y el baratero : ¿ Y cuántas lunas transcurren, sociedad, que ven paseando en el Prado á otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas, y yo... ?

Y la sociedad : Eso te enseñará que ya que no pudieses aguardar para batirte á que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan á la corporación, debiste aguardar á lo menos á ser opulento, ó siquiera caballero... ó aprender en tanto á eludir mi ley.

Y el baratero : ¿ Y la igualdad ante la ley, sociedad... ?

Y la sociedad : Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes las conquistéis ; cuando yo sea la verdadera sociedad, y éntre en mi composición el

elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿no ves que me falta el pueblo? ¿no ves que ando sobre él, en vez de andar con él? ¿no ves que me falta el alma, que es la inteligencia del sér, y que sólo puede resultar del completo y armonía de lo que tengo, y de lo que me falta, cuando lo llegue á reunir todo? ¿no ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias á tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿no lo autorizas todo sufriendolo todo?

Y el baratero: Porque no sé todavía que hago parte de ti, oh sociedad; porque no comprendo...

Y la sociedad: Pues date prisa á comprender, y á saber quién eres y lo que puedes, y entre tanto date prisa á dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.

Y el baratero: Mi día llegará, oh falsa sociedad, oh sociedad incompleta y usurpadora, y llegará más pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán á leer. ¡Hágase en el ínterin la voluntad de la fuerza: ahorca á los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores á los señores que se baten en duelo, y, en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!!!

Y el baratero debía morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se baten en duelo, porque la ley es vigente, y quien infringe la ley, merece la pena; ¡y quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto á él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su día no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto á la justicia de la que se llama su sociedad y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

## LA NOCHE BUENA DE 1836

## YO Y MI CRIADO (1)

## DELIRIO FILOSÓFICO

EL número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo día 24: soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos, á sus ídolos, á sus consortes y á sus Gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y á imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y de resignación, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro á mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese á lo menos oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de espirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervención, es

---

(1) Por esta vez sacrifico la urbanidad á la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado: si así no fuese, le serviría yo á él. En esto soy al revés del divino orador que dice *Cuadra y yo*.

decir lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser *día de agua*. Fue peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero, como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados há más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza ó una ilusión. Ora volvía los ojos á los cristales de mi balcón; veía los empañados y como llorosos por dentro: los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre; así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced á mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo: al menos no está obligado á pensar; puede fumar, puede leer la *Gaceta*!!!

«¡Las cuatro! ¡La comida!» me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, é involuntariamente iba á exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer;» porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos!!! Una idea más luminosa me ocurrió: era día de Navidad. Me acordé de que en

sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: «Esta noche me dirás la verdad.» Saqué de mi gaveta unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España, cualquiera diría que son retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Los miré con orgullo: «Come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.» Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel sér que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días ¿qué sería de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: «Hoy es un aniversario:» y el pueblo ha respondido: «Pues si es un aniversario, comamos y comamos doble.» ¿Por qué come hoy más que ayer? Ó ayer pasó hambre, ú hoy pasará indigestión. Miserable humanidad destinada siempre á quedarse más acá ó á ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

¿Hay misterio que celebrar? «Pues comamos», dice el hombre; no dice: «Reflexionemos.» El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada: una mano seca y roída llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía á los bulli-

ciosos liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvencción y la culpa; aquella agria y severa, ésta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demás.

¡Las cinco! hora del teatro: el telón se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza: ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo Gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la Junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á espirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, lleno de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es un hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los piés, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitación de la mayor parte

de los hombres, tiene orejas que están á uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *cónsola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! Á pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil, exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí. ¡Oiga! está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi á oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Figaro; aquella en figura de hombre beodo arrimado á los piés de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas en frente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y racionó: misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar á los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho yo una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto sin embargo á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho; tal me ha pasado; no escribo para los que dudan de mi veracidad; el que no quiera creer-



me puede doblar la hoja ; eso se ahorrará tal vez de fastidio ; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo :

—Lástima, dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á ti, ya lo entiendo.

—¿Tú á mí? pregunté sobrecoigido ya por un terror supersticioso : y es que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha : tú vienes triste como de costumbre : yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas é interrumpidas de que sorprende todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te envuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima á quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúas, ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo á la mujer casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasión que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No; has de oír al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de ti para siempre la mujer que

adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasión y á la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor; y ¡qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reir á costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido; ó cada vencimiento es una humillación, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿Á mí quién me calumnia? ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante á cubrir mis necesidades; á ti te paga el mundo como paga á los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres del mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso á aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas á tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo en fin no tengo necesidades: tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, ó para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas, y lo arrojas á los piés de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese

depósito sin conocerla. Confías tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á ti mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo; inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas á ti mismo. Ténme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia...!!!

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo cansado del esfuerzo había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado; y el asturiano roncaba. «¡Ahora te conozco, exclamo, día 24!»

Una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla ajada ya por el dolor. Á la mañana amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *noche buena*.

## UN REO DE MUERTE

CUANDO una incomprensible comezón de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco á los tiros de ésta que han calificado muchos de mordaz maledicencia. Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho á quejarse de ninguna especie de mur-

muración, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece; pero como hay millares de personas pseudo-filantrópicas, que al defender la humanidad parece que quieren en cierto modo indemnizarla de la desgracia de tenerlos por individuos, no insistiré en este pensamiento. Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro: á esa muchedumbre en continuo movimiento, á esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde á veces hasta de balde y en balde se representan tantos y tan distintos papeles.

Descendí á ella, y puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo menos de ocurrirme la idea de que era más consolador éste que aquel; porque al fin, seamos francos, triste cosa es contemplar en la escena la coqueta, el avaro, el ambicioso, la celosa, la virtud caída y vilipendiada, las intrigas incesantes, el crimen entronizado á veces y triunfante; pero al salir de una tragedia para entrar en la sociedad puede uno exclamar al menos: «Aquello es falso; es pura invención; es un cuento forjado para divertirnos;» y en el mundo es todo lo contrario; la imaginación más acalorada no llegará nunca á abarcar la fea realidad. Un rey de la escena depone para irse á acostar el cetro y la corona, y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen. En las tablas se puede silbar al tirano; en el mundo hay que sufrirlo; allí se le va á ver como una cosa rara, como una fiera que se enseña por dinero; en la sociedad cada preocupación es un rey; cada hombre un tirano; y de su cadena no hay librarse; cada individuo se constituye en eslabón de ella; los hombres son la cadena unos de otros.

De estos dos teatros sin embargo, peor el uno que el otro, vino á desalojarme una frase que lo ocupó todo: la política. ¿Quién hubiera leído un lisonjero bosquejo de nuestras costumbres, torpe y débilmente trazado acaso, cuando se estaban dibujando en el gran telón de la política escenas, si no mejores, de un interés ciertamente más próximo y positivo? Sonó el primer arcabuz de la facción, y todos volvimos la cara á mirar de dónde partía el tiro: en esta nueva representación, semejante á la fantasmagórica de Mantilla, donde empieza por verse una bruja, de la cual nace otra y otras, hasta *multiplicarse al infinito*; vimos un faccioso primero, y luego

vimos un *faccioso más*, y en pos de él poblarse de *facciosos* el telón. Lanzado en mi nuevo terreno esgrimí la pluma contra las balas, y revolviéndome á una parte y otra, dí la cara á dos enemigos; al *faccioso* de fuera, y al justo medio, á la *parsimonia* de dentro. ¡Débiles esfuerzos! El monstruo de la política estuvo en cinta y dió á luz lo que había mal engendrado; pero tras éste debían venir hermanos menores, y uno de ellos, nuevo Júpiter, debía destronar á su padre. Nació la censura, y heme aquí poco menos que desalojado de mi última posición. Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento: respétole y le obedezco; he aquí cuánto se puede exigir de un ciudadano: á saber, que no altere el orden; es bueno tener entendido que en política se llama *orden* á lo que existe, y que se llama *desorden* este mismo *orden* cuando le sucede otro *orden* distinto; por consiguiente es perturbador el que se presenta á luchar contra el orden existente con menos fuerzas que él; el que se presenta con más, pasa á *restaurador*, cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de *libertador*. Yo nunca alteraré el orden probablemente, porque nunca tendré la locura de creerme por mí solo más fuerte que él; en este convencimiento, infinidad de artículos tengo solamente rotulados, cuyo desempeño conservo para más adelante; porque la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona; pero al paso que no los escribiré, porque estoy persuadido de que me los habían de prohibir (lo cual no es decir que me los han prohibido, sino todo lo contrario, puesto que yo no los escribo), tengo placer en hacer de paso esta advertencia al refugiarme, de cuando en cuando, en el único terreno que deja libre á mis correrías el temor de ser rechazado en posiciones más avanzadas. Ahora bien, espero que después de esta previa inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle: digo esto porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende más veces de su asunto y de la predisposición feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado á esta sola, considérome débil, y escribo todavía con más miedo que poco mérito y no es ponderarlo poco, sin que esto tenga visos de afectada modestia.

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas, y la repetición diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos im-

pide muchas veces pararnos solamente á considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que en mi sentir no deberían parecernoslo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal ó cual manera, porque de tal ó cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razón; pero esta es la dificultad que hay para hacer reformas: he aquí por qué las leyes difícilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres; he aquí por qué caducan multitud de leyes que no se derogan; he aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes á un pueblo esclavo por sus costumbres.

Pero nos apartamos demasiado de nuestro objeto; volvamos á él: este hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada á cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad al aplicarla no hace más que suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo, y que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísimamente por estribillo á un trozo de poesía romántica:

Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar.

Ese grito, precedido por la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; ese grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del sér que va á morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel día. No sabemos si algún reo de muerte habrá hecho esta singular observación, pero debe ser horrible á sus oídos el último grito que ha de oír de la *coliflorera* que pasa atronando las calles á su lado.

Leída y notificada al reo la sentencia, y la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado á la capilla, en donde la religión se apodera de él como de una presa ya segura: la justicia divina espera allí á recibirle de manos de la humana. Horas mortales transcurren allí para él: gran consuelo debe

de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, ó, por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad sin embargo se abre paso al través del corazón en tan terrible momento, y es raro el reo que pasada la primera impresión, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trate de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera á él; injusticia por cierto incomprensible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad al exigir valor y serenidad en el reo de muerte con sus constantes preocupaciones se hace justicia á sí misma, y extraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.

En tan críticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida entera y su educación; cada cual obedece á sus preocupaciones hasta en el momento de ir á desnudarse de ellas para siempre. El hombre abyecto, sin educación, sin principios, que ha sucumbido siempre ciegamente á su instinto, á su necesidad, que robó y mató maquinalmente, muere maquinalmente. Oyó un eco sordo de religión en sus primeros años, y este eco sordo, que no comprende, resuena en la capilla, en sus oídos, y pasa maquinalmente á sus labios. Falto de lo que se llama en el mundo honor, no hace esfuerzo para disimular su temor, y muere muerto. El hombre verdaderamente religioso vuelve sinceramente su corazón á Dios, y éste es todo lo menos infeliz que puede el que lo es por última vez. El hombre educado á medias, que ensordecíó á la voz del deber y de la religión, pero en quien estos gérmenes existen, vuelve de la continua afectación de despreocupado en que vivió, y duda entonces y tiembla. Los que el mundo llama impíos y ateos, los que se han formado una religión acomodaticia, ó las han desechado todas para siempre, no deben ver nada al dejar el mundo. Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor: y en esos reos, en quienes una opinión es la preocupación dominante, se han visto las muertes más serenas.

Llegada la hora fatal entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salve en un compás monótono, y que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales é

irreligiosas, que momentos antes componían juntamente con las preces de la religión el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.

En seguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado atado de piés y manos sobre un animal, que sin duda por ser el más útil y paciente, es el más despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Las ventanas y balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre.—¿Qué espera esa multitud? diría un extranjero que desconociese las costumbres. ¿Es un rey el que va á pasar, ese sér coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un día solemne? ¿Es una pública festividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curiosidad esta nación?—Nada de eso. Ese pueblo de hombres va á ver morir á un hombre.—¿Dónde va?—¿Quién es?—¡Pobrecillo!—Merecido lo tiene.—¡Ay! si va muerto ya.—¿Va sereno?—¡Qué entero va!

He aquí las preguntas y expresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida: el terror que la situación del momento imprime en los ánimos causa la mitad del desorden: la otra mitad es obra de la tropa que va á poner orden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace por cierto el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre á la plazuela de la Cebada mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignación y de desprecio. No quiero entrar en la cuestión tan debatida del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse á sí propia: siempre resultaría ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atrevería á rebatir ese? Pienso sólo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un sér que como el hombre no puede vivir sin matar, tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto!



Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazón desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginación, el reo ha llegado al patíbulo: en el día no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo: esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los Carneros de Casti, á quienes su amo proponía, no si debían morir, sino si debían morir cocidos ó asados. Sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena, me pusieron delante que había llegado el momento de la catástrofe: el que sólo había robado acaso á la sociedad, iba á ser muerto por ella: la sociedad también da ciento por uno: si había hecho mal matando á otro, la sociedad iba á hacer bien matándole á él. Un mal se iba á remediar con dos. El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! Miré el reloj: las doce y diez minutos: el hombre vivía aún... De allí á un momento una lúgubre campanada de San Millán, semejante al estruendo de las puertas de la eternidad que se abrían, resonó por la plazuela; el hombre no existía ya: todavía no eran las doce y once minutos.—«La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre.»

---

## NECROLOGÍA

## EXEQUIAS DEL CONDE DE CAMPO-ALANGE

DOMINGO 15 DE ENERO 1837

Vive el malvado atormentado, y vive,  
 Y un siglo entero de maldad completa;  
 Y el honrado mortal. . . . .  
 Nace y deja de ser. . . . .

CIENFUEGOS.

YA hace días que se consumó el infausto acontecimiento que nos pone la pluma en la mano; pero por una parte el sentimiento ha apagado nuestra voz, y por otra no temíamos que el tiempo pasando amortiguase nuestro dolor.

Hoy se han celebrado en Santo Tomás de esta corte las exequias del conde de Campo-Alange: hoy sus deudos y sus amigos, y la patria en ellos, han tributado al amigo y al valiente el último homenaje que la vanidad humana rinde después de muerto al mérito, que en vida suele, para oprobio suyo, desconocer.

En buen hora el ánimo que se aturde en las alegrías del mundo, en buen hora no crea en Dios y en otra vida el que en los hombres cree, y en esta vida que le forjan; empero mil veces desdichado sobre toda desdicha quien no viendo nada aquí abajo sino caos y mentira, agotó en su corazón la fuente de la esperanza, porque para ese no hay cielo en ninguna parte, y hay infierno en cuanto le rodea. No es lícito dudar al desdichado, y es preciso no serlo para ser impío.

El rumor compasado y misterioso del cántico que la religión eleva al Criador en preces por el que fué, el melancólico són del instrumento de cien voces que atruena el templo llenándole de santo terror, el angustioso y sublime *de profundis*, agonizante clamor del sér que se refugió al seno de la creación, alma particular que se refunde en el alma universal, el último perdón pedido, la deprecación de la misericordia alzada al Dios de justicia, son algo al oído del desgraciado, cuando

devueltos los sublimes ecos por las paredes de la casa del Señor, vienen á retumbar en el corazón, como suena el remordimiento en la conciencia, como retumba en el pecho del miedoso la señal del próximo peligro.

Desde la tumba no es ya á los hombres á quien pide el hombre misericordia; los hombres no tienen misericordia para el caído, y no dan su piedad sino al que no la necesita. En tan sublime momento no es á los hombres á quien pide el hombre justicia. Los hombres no prestan su justicia sino al fuerte contra el débil. Á los piés del Altísimo no es ya á la opinión de los hombres á quien recurre el alma en juicio. La opinión de los hombres premia al mérito con calumnias. El odio le sigue y la persecución, como sigue la chispa eléctrica la cadena de hierro que la conduce.

¿Y no ha de haber un Dios y un refugio para aquellos pocos que el mundo arroja de sí como arroja los cadáveres el mar?

El conde de Campo-Alange ha muerto: una corta vida, pero de virtudes y de sacrificios, le ha sido más fecunda de gloria y de merecimiento que en los cien años pasados por otros en la apatía ó en la prevaricación. Su biografía es bien corta, las páginas de su historia pueden llenarse en breve, ¡pero ni una mancha en ellas! En la actual confusión que como á nuestras cosas y á nuestras ideas ha alcanzado á nuestra lengua, en la prodigalidad de epítetos que tan fácilmente aplicamos, parecerá nuestro elogio tibio; pero la verdad presidirá á él y el sentimiento de lo justo; tributo el más noble para la memoria del que nos le merece, que acaso á ese único premio aspiraba, y á unas cuantas lágrimas sobre su tumba.

Donde son tan pocos los hombres que hacen siquiera su deber, ¿qué mucho será que el dictado de héroe se aplique diariamente á quien se distingue del vulgo haciendo el suyo? Llamamos patriota al que habla, y héroe al que se defiende. ¿Qué llamaremos un día al que nos salve, si alguien nos salva?

El conde de Campo-Alange no era un héroe como en menudados elogios lo hemos visto impreso. Nosotros creeríamos ofenderle ó escarnecerle más que encomiarle con tan ridículos elogios. Ni había menester serlo para dejar muy atrás al vulgo de los hombres entre quienes vivió. Era un joven que hizo por principios y por afición, por virtud y por nobleza de carácter, algo más que su deber; dió su vida y su hacienda

por aquello porque otros se contentan con dar escándalo y voces. Amaba la libertad, porque él, noble y generoso, creyó que todos eran como él nobles y generosos; y amaba la igualdad, porque igual él al mejor, creía de buena fe que eran todos iguales á él. Inclinado desde su más tierna edad al estudio, pasó sobre los libros los años que otros pasan en cursar la intriga, y en avezarse á las perfidias de la sociedad en que han de vivir. Español por carácter y por afición, estudió y conoció su lengua y sus clásicos, y supo conciliar las aficiones patrias con ese barniz de buena educación y de tolerancia que sólo se adquiere en los países adelantados, donde la civilización ha venido á convencer á la sociedad de que para ella sólo las cosas, sólo los hechos son algo, las personas nada. Conocedor de la literatura española, y entendido por demás en las extranjeras, su afición á la carrera militar le llevó á asistir al famoso sitio de Amberes, donde empezó al lado de experimentados generales á ejercitarse en las artes de la guerra. De vuelta á su país, sus afectos personales, su posición independiente, su mucha hacienda le convidaban al ocio y á la gloria literaria que á tan poca costa hubiera podido adquirir. Pero su patria gemía despedazada por dos bandos contrarios que algún día acaso se harán mutuamente justicia. El corazón generoso del joven no pudo permanecer indiferente y dormido espectador de la contienda. Alistado voluntariamente en las filas de los defensores de la causa de la libertad y del Mediodía de Europa, desenvainó la espada, y desgraciadamente para no volverla á envainar. Casa, comodidades, lujo, porvenir, todo lo arrojó en la sima de la guerra civil, monstruo que adoptó el noble sacrificio, y que devoró por fin aquella existencia, bien como ha devorado diariamente la sangre de los pueblos y la felicidad, acaso ya imposible, de la patria.

Distinguido por su pericia y su valor, no se contentó con exponer su vida en los campos de batalla; la muerte le dió más de un aviso, que desoyó noblemente. Herido en jornadas gloriosas, fué ascendido al grado de coronel sobre el campo de batalla, y entre los cadáveres mismos que no hacían más que precederle algunos meses. Hizo más: cuando una revolución no esperada, y de muchos no aceptada, desarmó centenares de brazos, y entibió muchos pechos que creyeron deber distinguir el interés de la patria del interés de un Go-

bierno que le había sido impuesto accidentalmente, Campo-Alange llevó al extremo su generosidad, y creyó que no era su misión defender el Estatuto ó la constitución; en una ó en otra forma de gobierno la libertad seguía siendo nuestra causa; Campo-Alange, demasiado noble para ser hombre de partido, se vió español y nada más, y no envainó la espada. No queremos ofender á nadie; pero si los demás que como él pensaban habían ofrecido hasta entonces su vida á la patria, él ofreció más, ofreció su opinión. Noble y tierno sacrificio que de nadie se puede exigir, pero que es fuerza agradecer. Y el que esto hacía no buscaba sueldos que no necesitaba, que cedía al erario, no buscaba honores, que en su propia cuna había encontrado sin solicitarlos al nacer.

No ofenderemos, ni aun después de su muerte, la modestia de nuestro amigo. Esa sencilla relación es el mayor elogio, es el epíteto más glorioso que podemos encontrar para su nombre.

¿Y cuándo cortó el plomo cobarde, disparado acaso por un brazo aún más cobarde, esa vida llena de desinterés y de esperanzas? Era preciso que la injusticia de la suerte fuese completa. Era preciso que la ilustre víctima no columbrase siquiera el premio del sacrificio; hubiera sido para él una especie de compensación el haber espirado en Bilbao, y el haber oído el primer grito siquiera de aquella victoria, por la cual daba su sangre. Era preciso que quien tan noblemente se portaba llevase consigo al sepulcro la amargura de pensar que había sido inútil tanto sacrificio.

El conde de Campo-Alange espiró dejando sumas cuantiosas á los heridos como él, y desconfiando del propio triunfo á que con su muerte contribuía.

Pero era justo; Campo-Alange debía morir. ¿Qué le esperaba en esta sociedad? Militar, no era insubordinado; á haberlo sido, las balas le hubieran respetado. Hombre de talento, no era intrigante. Liberal, no era vocinglero; literato, no era pedante; escritor, la razón y la imparcialidad presidían á sus escritos. ¡Qué papel podía haber hecho en tal caos y degradación!

Ha muerto el joven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido; con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa!

En la vida le esperaba el desengaño: ¡la fortuna le ha ofre-

cido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por éste que por aquella, que esos viven muertos y le envidian!

Séale la tierra ligera. Si la memoria de los que en el mundo dejó puede ser de consuelo para el que cesó de ser, ¡nadie la llevó consigo más tierna, más justa, más gloriosa!

---



# CRÍTICA LITERARIA







## CARTA Á ANDRÉS

*Escrita desde las Batuecas por el Pobrecito Hablador*

(Artículo enteramente nuestro)

« Rómpanse las cadenas que embarazan los progresos; reprüébense los estorbos, quítense los grillos que se han fabricado de los yerros de dos siglos... »

*M. A. Gándara. Apuntes sobre el bien y el mal de este país.*

De las Batuecas este año que corre.

ANDRÉS MÍO:

**Y**o pobrecito de mí, yo bachiller, yo batueco, y natural por consiguiente de este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de región en región, yo hablador, y careciendo de toda persona dotada de chispa de razón con quien poder dilucidar y ventilar las cuestiones que á mi embotado entendimiento se le ofrecen y le embarazan, y tú cortesano y discreto!!! ¡Qué de motivos, querido Andrés, para escribirte!

Ahí van, pues, esas mis incultas ideas, tales cuales son, mal ó bien compaginadas, y derramándose á borbotones como agua de cántaro mal tapado.

« ¿No se lee en este país porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee? »

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada más.

Terrible y triste cosa me parece escribir lo que no ha de

ser leído; empero más ardua empresa se me figura á mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

¡Mal haya, amen, quien inventó el escribir! Dale con la civilización, y vuelta con la ilustración. ¡Mal haya, amen, tanto achaque para emborronar papel!

Á bien, Andrés mío, que aquí no pecamos de ese exceso. Y torna los ojos á mirar en derredor nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡Oh infeliz moderación! ¡Oh ingenios limpios los que no tienen que enseñar! ¡Oh entendimientos claros los que nada tienen que aprender! ¡Oh felices aquellos, y mil veces felices, que ó todo se lo saben ya, ó todo se lo quieren ignorar todavía!

¡Maldito Gutenberg! ¿Qué genio maléfico te inspiró tu diabólica invención? ¿Pues imprimieron los egipcios y los asirios, ni los griegos ni los romanos? ¿Y no vinieron, y no dominaron?

¿Que eran más ignorantes dices? ¿Cuántos murieron de esa enfermedad? ¿Qué remordimientos atormentaron la conciencia del *Omar*, que destruyó la biblioteca de Alejandría? ¿Que eran más bárbaros, añades? Si crímenes, si crueldades padecían, crímenes y crueldades tienen diariamente lugar entre nosotros. Los hombres que no supieron, y los hombres que saben, todos son hombres, y lo que peor es, todos son hombres malos. Todos mienten, roban, falsean, perjuran, usurpan, matan y asesinan. Convencidos sin duda de esta importante verdad, puesto que los mismos hemos de ser, ni nos cansamos en leer, ni nos molestamos en escribir en este buen país en que vivimos.

¡Oh felicidad de haber penetrado la inutilidad del aprender y del saber!

Mira aquel librero ricachón que cerca de tu casa tienes. Llégate á él y dile: «¿Por qué no emprende usted alguna obra de importancia? ¿Por qué no paga bien á los literatos para que le vendan sus manuscritos?—¡Ay, señor! te responderá. Ni hay literatos, ni manuscritos, ni quien los lea: no nos traen sino folletitos y novelicas de ciento al cuarto: luégo tienen una vanidad, y se dejan pedir... No, señor, no.—¿Pero no se vende?—¿Vender? Ni un libro: ni regalados los quiere nadie; llena tengo la casa... ¡Si fueran billetes para la ópera ó los toros...»

¿Ves pasar aquel autor escuálido de todos conocido? Dicen

que es hombre de mérito. Anda y pregúntale: «¿Cuándo da usted á luz alguna cosita? Vamos...—¡Calle usted por Dios! te responderá furioso como si blasfemases; primero lo quemaría. No hay dos libreros hombres de bien. ¡Usureros! ¡Mire usted, días atrás me ofrecieron una onza por la propiedad de una comedia extraordinariamente aplaudida; seiscientos reales por un Diccionario manual de geografía, y por un Compendio de la historia de España, en cuatro tomos, ó mil reales de una vez, ó que entraríamos á partir ganancias, después de haber hecho él las suyas, se entiende!!! No, señor, no. Si es en el teatro, cincuenta duros me dieron por una comedia que me costó dos años de trabajo, y que á la empresa le produjo doscientos mil reales en menos tiempo; y creyeron hacerme mucho favor. Ya ve usted que salía por real y medio diario. ¡Oh! y eso después de muchas intrigas para que la *pasaran y representaran*. Desde entonces, ¿sabe usted lo que hago? Me he ajustado con un librero para traducir del francés al castellano las novelas de Walter Scott, que se escribieron originalmente en inglés, y algunas de Cooper, que hablan de marina, y es materia que no entiendo palabra. Doce reales me viene á dar por pliego de imprenta, y el día que no traduzco no como. También suelo traducir para el teatro la primer *piececilla* buena ó mala que se me presenta, que lo mismo pagan y cuesta menos: no pongo mi nombre, y ya se puede hundir el teatro á silbidos la noche de la representación. ¿Qué quiere usted? En este país no hay afición á esas cosas.»

¿Conoces á aquel señorito que gasta su caudal en tiros y carruajes, que lo mismo baila una mazurca en un sarao con su pantalón *colán* y su *clac*, hoy en traje diplomático, mañana en polainas y con chambergo, y al otro arrastrando sable, ó en breve chupetín, calzón y faja? Mil reales gasta al día, dos mil logra de renta; ni un solo libro tiene, ni lo compra, ni lo quiere. Pues publica tú algún folleto, alguna comedia... Prevalido de ser quien es, tendrá el descaro de enviarte un gran lacayo aforrado en la magnífica librea, y te pedirá prestado para leerlo, á ti, autor, que de eso vives, un ejemplar que cuesta una peseta. Ni con eso se contenta: darálo á leer á todos sus amigos y conocidos, y por aquel ejemplar leerálo toda la corte, ni más ni menos que antes de descubrirse la imprenta, y gracias si no te pide más para regalar. Pregúnta-

le: «¿Por qué no se suscribe á los periódicos? ¿Por qué no compra libros, ni fiados siquiera?—¿Qué quiere usted que haga? te replicará, ¿qué tengo de comprar? Aquí nadie sabe escribir; nada se escribe; todo eso es porquería.» Como si de coro supiera cuantos libros buenos corren impresos.

Por allá cruza un periodista... Llámale, grítale: «¡Don Fulano! Ese periódico, hombre, mire usted que todos hablan de él de una manera...—¿Qué quiere usted? te interrumpe; un redactor ó dos tengo buenos, que no es del caso nombrar á usted ahora; pero los pago poco, y así no extraño que no hagan todo lo que saben: á otro le doy casa, otro me escribe por la comida...—¡Hombre! ¡Calle usted!—Sí, señor; oiga usted, y me dará la razón. En otro tiempo convoqué cuatro sabios, díles buenos sueldos; redactaban un periódico lleno de ciencia y de utilidad, el cual no pudo sostenerse medio año; ni un cristiano se suscribió; nadie lo leía; puedo decir que fué un secreto que todo el mundo me guardó. Pues ahora con eso que usted ve estoy mejor que quiero, y sin costarme tanto. Todavía le diría á usted más... Pero... Desengáñese usted, aquí no se lee.—Nada tengo que replicar, le contestaría yo, sino que hace usted lo que debe, y llévase el diablo las ciencias y la cultura.»

Lucidos quedamos, Andrés. ¡Pobres batuecos! La mitad de las gentes no lee, porque la otra mitad no escribe, y esta no escribe porque aquella no lee.

Y ya ves tú que por eso á los batuecos ni nos falta salud ni buen humor, prueba evidente de que entrambas ninguna falta nos hacen para ser felices. Aquí pensamos como cierta señora, que viendo llorar á una su parienta porque no podía mantener á su hijo en un colegio, «Calla, tonta, le decía: mi hijo no ha estado en ningún colegio, y á Dios gracias bien gordo se cría y bien robusto.»

Y para confirmación de esto mismo, un diálogo quiero referirte que con cuatro batuecos de estos tuve no há mucho, en que todos vinieron á contestarme en sustancia una misma cosa, concluyendo cada uno á su tono y como quiera.

«Aprenda usted la lengua del país, les decía, coja usted la gramática.—La *parda* es la que yo necesito, me interrumpió el más desembarazado con aire zumbón y de chulo; fruta del país: lo mismo es decir las cosas de un modo que de otro.

»Escriba usted la lengua con corrección.—¡Monadas! ¿Qué

más dará escribir *vino* con *b* que con *v*? ¿Si pasará por eso de ser vino?

»Cultive usted el latín.—Yo no he de ser cura, ni tengo de decir misa.

»El griego.—¿ Para qué, si nadie me lo ha de entender?

»Dése usted á las matemáticas.—Ya sé sumar y restar, que es todo lo que puedo necesitar para ajustar mis cuentas.

»Aprenda usted física. Le enseñará á conocer los fenómenos de la naturaleza.—¿ Quiere usted todavía más fenómenos que los que está uno viendo todos los días?

»Historia natural. La botánica le enseñará el conocimiento de las plantas.—¿ Tengo yo cara de herbolario? Las que son de comer guisadas me las han de dar.

»La zoología le enseñará á conocer los animales y sus...— ¡Ay! ¡ Si viera usted cuántos animales conozco ya!

»La mineralogía le enseñará el conocimiento de los metales, de los...—Mientras no me enseñe dónde tengo de encontrar una mina, no hacemos nada.

»Estudie usted la geografía.—Ande usted, que si el día de mañana tengo que hacer un viaje, dinero es lo que necesito, y no geografía; ya sabrá el postillón el camino, que esa es su obligación, y dónde está el pueblo adonde voy.

»Lenguas.—No estudio para intérprete: si voy al extranjero, en llevando dinero ya me entenderán, que es la lengua universal.

»Humanidades, bellas letras...—¿ Letras? de cambio: todo lo demás es broma.—Siquiera un poco de retórica y poesía.— Sí, sí, venga usted con coplas; ¡ para retórica estoy yo! Y si por las comedias lo dice usted, yo no las tengo de hacer: traduciditas del francés me las han de dar en el teatro.

»La historia.—Demasiadas historias tengo yo en la cabeza.—Sabrá usted lo que han hecho los hombres...—¡ Calle usted por Dios! ¿ Quién le ha dicho á usted que cuentan las historias una sola palabra de verdad? ¡ Es bueno que no sabe uno lo que pasa en casa! »

Y por último concluyeron: « Mire usted, dijo el uno, déjeme usted de quebraderos de cabeza; mayorazgo soy, y el saber es para los hombres que no tienen sobre qué caerse muertos.—Mire usted, dijo otro, mi tío es general, y ya tengo una charretera á los quince años; otra vendrá con el tiempo, y algo más, sin necesidad de quemarse las cejas; para llevar

el chafarote al lado y lucir la casaca no se necesita mucha ciencia.—Mire usted, dijo el tercero, en mi familia nadie ha estudiado, porque las gentes de la sangre azul no han de ser médicos ni abogados, ni han de trabajar como la canalla... Si me quiere usted decir que don *Fulano* se granjeó un grande empleo por su ciencia y su saber, ¡ buen provecho ! ¿quién será él cuando ha estudiado? Yo no quiero degradarme.—Mire usted, concluyó el último, verdad es que yo no tengo grandes riquezas, pero tengo tal cual letra; ya he logrado *meter la cabeza* en rentas por empeños de mi madre; un amigo nunca me ha de faltar, ni un empleílllo de mala muerte; y para ser oficinista no es preciso ser ningún catedrático de Alcalá ni de Salamanca.»

Bendito sea Dios, Andrés, bendito sea Dios, que se ha servido con su alta misericordia aclararnos un poco las ideas en este particular. De estas poderosas razones trae su origen el no estudiar, del no estudiar nace el no saber, y del no saber es escuela indispensable ese hastío y ese tedio que á los libros tenemos, que tanto redundan en honra y provecho, y sobre todo en descanso de la patria.

«¿Pues no da lástima, me decía otro batueco días atrás, ver la confusión de papeles que se cruzan y se atropellan por todas partes en esos países cultos que se llaman? ¡Válgame Dios! ¡qué flujo de hablar y qué caos de palabras, y qué plaga de papeles, y qué turbión de libros, que ni el entendimiento barrunta cómo hay plumas que los escriban, ni números que los cuenten, ni oficinas que los impriman, ni paciencia que los lea! ¿Y con aquello se han de mantener un sinnúmero de hombres, sin más oficio ni beneficio que el de literatos? Y dale con las ciencias y dale con las artes, y vuelta con los adelantos y torna con los descubrimientos. ¡Oh siglo gárrulo y lenguaraz! ¡Mire usted qué mina han descubierto!»

¡Qué de ventajas, Andrés, llevamos en esto á los demás! Muérense miserables aquí los autores malos, y digo malos, porque buenos no los hay (1); y lo que es mejor, lo mismo

---

(1) No comprendemos en estas proposiciones generales *tal cual joven aplicado, tal cual poeta original, tal cual hombre de nota* que se esfuerzan por salir del común oprobio que nos alcanza, descollando entre el general abatimiento, y luciendo como menuda luciérnaga entre las tinieblas de oscura noche. ¿Qué significan estas contadas excepciones? Por mucho favor que les haga tal conducta, y por muchos elogios que

se han muerto los buenos, cuando los ha habido, y volverán á morir cuando los vuelva á haber; ni aquí se enriquecen los ingenios pobres con la lectura de los discretos ricos, ni tienen aquí más vanidad fundada que la que siempre traen en el estómago, pues por no hacerlos orgullosos nadie los alaba, ni les da que comer. ¡ Oh idea cristiana! Ni aquí prospera nadie con las letras, ni se cruzan los libros y periódicos en continua batalla; aquí las comedias buenas no se representan sino muy de tarde en tarde, sin otra razón que porque no las hay á menudo, y las malas ni se silban, ni se pagan por miedo de que se lleguen á hacer buenas todos los días. Aquí somos tan bien criados, y tanto gustamos de ejercer la hospitalidad, que vaciamos el oro de nuestros bolsillos para los extranjeros. ¡ Oh desinterés! Aquí se trata mal á los actores medianos, y *peor á los mejores* por no ensoberbecerlos. ¡ Oh deseo de humildad! No se les da siquiera precio por no ahitarlos. ¡ Oh caridad! Y á la par se exige de ellos que sean buenos. ¡ Oh indulgencia! No es aquí, en fin, profesión el escribir, ni afición el leer; ambas cosas son pasatiempo de gente vaga y mal entretenida; que no puede ser hombre de provecho quien no es por lo menos tonto y mayorazgo.

¡ Oh tiempo y edad venturosa! No paséis nunca, ni tengan nunca las letras más amparo (2), ni se hagan jamás comedias, ni se impriman papeles, ni libros se publiquen, ni lea nadie, ni escriba desde que salga de la escuela.

---

merezca, no basta su número tan corto para destruir la triste verdad general, que de medio á medio nos coge y nos abruma.

Ni menos tratamos de olvidar en nuestros folletos los elogios y agradecimiento que merece de nuestra parte el ilustrado gobierno que nos rige, y que tanto impulso da al adelanto de la prosperidad y de la ilustración; antes bien clara se manifiesta nuestra intención de cooperar á su misma benéfica idea con nuestros débiles conatos. ¿ Pero acaso puede enderezarse en un día el vicio de tantos años y aun siglos? ¿ Puede ser dado á la penetración, ni á la fuerza del mejor gobierno, romper tan pronto, ni desvanecer del todo tantos obstáculos como oponen la educación descuidada, las ideas viciadas, y un sin número, en fin, de circunstancias que no son de nuestra inspección, y que gravitan en nuestro mal? Luengos remedios necesitarán acaso tantos males. Esperemos que algún día hemos de ver triunfar sus esfuerzos, y cooperemos todos en el ínterin con los nuestros.

(2) Reproducimos las ideas de nuestra nota número 1.<sup>o</sup> Algún excelentísimo señor pudiéramos nombrar amigo de las letras y de las artes y Mecenas de literatos y artistas, y de buena gana le nombráramos á no temer ofensas de su modestia; empero si bien esto basta á probar que hay algún protector, no así convence de que haya protección. Demos á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.



Que si me dices, Andrés, que se escribe y se lee, por los muchos carteles que por todas partes ves, diréte que me saques tres libros buenos del país y del día, y de lo demás no hagas caso, que no es más ni mejor el agua de una cascada por mucho estruendo que meta, ni eso es otra cosa que el espantoso ruido de los famosos batanes del hidalgo manchego; después de visto, un poco de agua sucia; ni escribe, en fin, todavía quien sólo escribe palotes.

Así que, cuando la anterior proposición senté, no quise decir que no se escribiese, sino que no se escribe bien, ni que no fuese el de emborronar papel el pecado del día, pecado que no quiera Dios perdonarle nunca, ni quiero yo negar la triste verdad de que no hay día que algún libro malo no se publique, antes lo confieso, y de ello y de ellos me pesa y tengo verdadero dolor, como si los compusiera yo. Pero todo ese atarugamiento y prisa de libros reducido está, como sabemos, á un centón de novelitas fúnebres y melancólicas, y de ninguna manera arguye la existencia de una literatura nacional que no puede suponerse siquiera donde la mayor parte de lo que se publica, sino el todo, es traducido, y no escribe el que sólo traduce, bien como no dibuja quien estarce y pasa el dibujo ajeno á otro papel al trasluz de un cristal. Lo cual es tan verdad, que no me dejaría mentir ni decir cosa en contrario todo ese enjambre de autorzuelos, á quienes pudiéramos aplicar los tercetos del Rey de Artieda:

Como las gotas que en verano llueven,  
 Con el ardor del sol, dando en el suelo,  
 Se convierten en ranas y se mueven;  
 Con el calor del gran señor de Delo  
 Se levantan del polvo poetillas  
 Con tanta habilidad, que es un consuelo.

Y más que me cuentes entre ellos, y por tanto me reconvenzas, pues si me preguntas por qué me entremeto yo también en embadurnar papel, sin saber más que otros, te recordaré aquello de «donde quiera que fueres, haz lo que vieres.» Así, si fuese á país de cojos, pierna de palo me pondría; y ya que en país de autorcillos y traductores he nacido y vivo, autorcillo y traductor quiero y debo, y no puedo menos de ser, pues ni es justo singularizarme, y que me señalen con el dedo por las calles, ni depende además del libre albedrío de

cada uno el contagiarse en una epidemia general. Ni á nadie hagas cargos tampoco por lo de traductor, pues es forzoso que se eche muletas para ayudarse á andar quien nace sin piés, ó los trae trabados desde el nacer.

Y si me añades que no puede ser de ventaja alguna el ir atrasados con respecto á los demás, te diré que lo que no se conoce no se desea ni echa menos: así suele el que va atrasado creer que va adelantado, que tal es el orgullo de los hombres, que nos pone á todos una venda en los ojos para que no veamos ni sepamos por dónde vamos, y te citaré á este propósito el caso de una buena vieja que en un pueblo, que no quiero nombrarte, ha de vivir todavía, la cual vieja era de estas muy leídas de los lugares; estaba suscrita á la *Gaceta*, y la había de leer siempre desde la real orden hasta el último partido vacante, de seguida, y sin pasar nunca á otra sin haber primero dado fin de la anterior. Y es el caso que vivía y leía la vieja (al uso del país) tan despacio y con tal sorna, que habiéndose ido atrasando en la lectura, se hallaba el año 29, que fué cuando yo la conocí, en las *Gacetas* del año 23, y nada más; hube de ir un día á visitarla, y preguntándola qué nuevas tenía al entrar en su cuarto, no pudo dejarme concluir, antes arrojándose en mis brazos con el mayor alborozo y soltando la *Gaceta* que en la mano á la sazón tenía: «Ay, señor de mi alma, me gritaba con voz mal articulada y ahogada en lágrimas y sollozos, hijos de su contento, ¡ay, señor de mi alma! ¡Bendito sea Dios! que ya vienen los franceses, y que dentro de poco nos han de quitar esa pícara constitución, que no es más que un desorden y una anarquía!» Y saltaba de gozo, y dábbase palmadas repetidas; esto en el año 29, que me dejó pasmado de ver cuán de ilusión vivimos en este mundo, y que tanto da ir atrasado como adelantado, siempre que nada veamos, ni queramos ver por delante de nosotros.

Más te dijera, Andrés, en el particular si más voluntad tuviese yo de meterme en mayores honduras; empero sólo me limitaré á decirte para concluir que no sabemos lo que tenemos con nuestra feliz ignorancia, porque el vano deseo de saber induce á los hombres á la soberbia, que es uno de los siete pecados mortales, por el plano resbaladizo de nuestro amor propio; de este feo pecado nació, como sabes, en otros tiempos la ruina de Babel, con el castigo de los hombres y la

confusión de las lenguas, y la caída asimismo de aquellos fieros titanes, gigantazos descomunales, que por igual soberbia escalaron también el cielo, sea esto dicho para confundir la historia sagrada con la profana, que es otra ventaja de que gozamos los ignorantes, que todo lo hacemos igual.

De que podrás inferir, Andrés, cuán dañoso es el saber, y qué verdad es todo cuanto arriba te llevo dicho acerca de las ventajas que en esta como en otras cosas á los demás hombres llevamos los batuecos, cuánto debe regocijarnos la proposición cierta de que

« En este país no se lee porque no se escribe, y no se escribe porque no se lee ; »

que quiere decir en conclusión que aquí ni se lee ni se escribe ; y cuánto tenemos por fin que agradecer al cielo, que por tan raro y desusado camino nos guía á nuestro bien y eterno descanso, el cual deseo para todos los habitantes de este incultísimo país de las Batuecas, en que tuvimos la dicha de nacer, donde tenemos la gloria de vivir, y en el cual tendremos la paciencia de morir. Á Dios, Andrés.

*Tu amigo el bachiller.*

---

## TEATROS

¿ QUIÉN ES POR ACÁ EL AUTOR DE UNA COMEDIA ?

## ARTÍCULO SEGUNDO

## EL DERECHO DE PROPIEDAD

«Veo que ya no es tenido por sabio sino aquel que sabe arte lucrativa de pecunia... Veo los ladrones muy honrados .. todo lleno de fe rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero.»

Luis MEJÍA.

¿Qué cosa es el derecho de propiedad? Si nosotros no lo decimos, ¿quién lo dirá? Y si ninguno lo dice, ¿quién lo sabrá? Y si ninguno lo sabe, ¿quién lo remediará? Ya la fama esparció de provincia en provincia, de pueblo en pueblo, la gloria del nuevo alumno de las *nueve*, ya el importante y anhelado voto del ilustrado público coronó sus sienes con la hoja inmarcesible, resonaron los aplausos, vertió el *ingenio* lágrimas de alegría, y ya va á gozar del premio de sus tareas.

Piénsalo así á lo menos el desdichado; pero no sabe que ha escogido mala palestra para triunfar, y que en este juego, como en el ganapierde, el que gana es el que da más á comer. Si su modestia y su mala ventura quiso que retardase acaso la publicación de su obra, levantaráse una mañana y le dará en los ojos el anuncio de ella, ya impresa y puesta en venta, que andará bizmando las esquinas de la capital. Algún librerero de... de dónde no es justo decir, le ha hecho el obsequio de imprimírsela en muy mal papel, con pésimo carácter de letra, estropeado el texto original, y sin pedirle licencia. Así corren impresas muchas de ellas, y esto se hace pública y libremente.

No comprendemos en realidad por qué ha de ser un autor

dueño de su comedia; verdad es que en la sociedad parece á primera vista que cada cual debe ser dueño de lo suyo; pero esto no se entiende de ninguna manera con los poetas. Este es un animal que ha nacido como la mona para divertir gratuitamente á los demás, y sus cosas no son suyas, sino del primero que topa con ellas y se las adjudica. ¡ Buena razón es que el pobre hombre haya hecho su comedia para que sea suya! ¡ Lindo donaire! Dios crió al poeta para el librero, como el ratón para el gato, y caminando sobre este supuesto que nadie nos podrá negar, es cosa clara que el impresor que tal hace cumple con su instinto, desempeña una obra meritoria, y si no gana el cielo, gana el dinero, que para ciertas conciencias todo es ganar.

Así que, asombrados estamos de la bondad y largueza de aquellos impresores honrados (que también los hay) que se dignan favorecer al autor con pedirle su permiso y su comedia, pagarle el precio convenido, y darla después lícitamente al público; estos deben de entender poco ó nada de achaque de conciencias, porque, ¡ cuánto más sencillo y natural es salirse á caza de comedias, como quien sale á caza de calandrias, tirar á la bandada, y caiga la que caiga... y rechine con ella la prensa y rechine el autor!

Nosotros, á fe de poetas, si es que se deja á los poetas que tengan siquiera fe, ya que tan poca esperanza tienen, les juramos no acudir á ponerles pleito, porque nunca hemos gustado de cuestiones de nombre, y tanto se nos da de que sea la divina Astrea la que saque el fruto de nuestras comedias, como de que sea el librero; con la ventaja para éste de que siquiera nos da gloria, al paso que la otra sólo nos podría dar cuidados y las conchas vacías de la ostra que se hubiese engullido. Hágales, pues, muy buen provecho á los señores tratables en libros que esto hacen, nuestro ingenio, que mientras estemos nosotros aquí no les ha de faltar modo de vivir á los *murcianos* de nuestra literatura; y aun quizá nos demos por muy honrados y contentos.

¡ Ojalá tuviesen fin aquí las lacerías del pobre autor! Pero dejando aparte el vil interés, y entrándonos por los campos de la gloria, ¿ qué elocuente orador podrá enumerar las tropelías que le quedan por sufrir al desventurado ingenio en su propia patria? Ved cómo corre su comedia de teatro en teatro; en todas partes gusta, pero acerquémonos un poco más.

Aquí el corifeo de la compañía la despojó de su título, y le puso otro, hijo de su capricho, porque, ¿qué entienden los poetas de poner títulos á sus comedias? Allí otro cacique de aquellos indios de la *lengua* le *atajó un parlamento* ó le suprimió una escena, porque, ¿qué actor, por mal que represente, no ha de saber mejor que el mejor poeta dónde han de estar las escenas, y cuán largos han de ser los parlamentos y los diálogos, y todas estas frioleras del arte, particularmente si en su vida ha visto un libro, ni estudiado una palabra? Porque es de advertir que en materia de poesía, el que más lee y el que más estudia es el que menos entiende. Y gracias si la cuchilla de aquel bárbaro victimario no le suprimió entero el papel de un personaje, aunque fuera el del protagonista, que era el que menos falta hacía y más fuera estaba de su lugar.

¿Y aun de esta manera mutilada gustó la comedia? Pues en ese caso no habrá farsa mezquina, ni torpe drama, ni traducción mercenaria á la cual no se le ponga el nombre del autor una vez aplaudido. Tal es la despreocupación de los actores de provincia; para ellos todos los hombres y todos los autores son iguales, y desde el ápice de sus ficticios tronos ven á todos los mayores ingenios tamaños como menudas avellanas, y hacen justicia de unos y de otros, y una masa común de todas sus obras, fundados en que si tal autor no hizo tal obra, bien pudiera haberla hecho; y en el supremo tribunal de estos nuevos dispensadores de la fama lo mismo vale un Juan Pérez que un Pedro Fernández.

Concluyamos pues que el poeta es el único que no es hijo ni padre tampoco de sus obras. Dedaos, compañeros, dedaos á las letras aprisa; ese es el premio que os espera. Y quejaos siquiera, infelices. Luégo oiréis la turba de gritadores que á la primera queja os ataja. « ¡Qué insolencia! dicen: ¿pues no tiene valor de quejarse? ¿Y esto se permite? ¡Qué escándalo! ¡Un hombre que reclama lo que es suyo; un loco que no quiere guardar consideraciones con los necios; un desvergonzado que dice la verdad en el siglo de la buena educación; un insolente que se atreve á tener razón! Eso no se dice así, sino de modo que nadie lo entienda; encerrad á ese hombre que pretende que el talento sea algo entre nosotros, que no tiene respeto á la injusticia, que... encerradle, y siga todo como está, y calle el hablador.»

Sí, callaremos, gritadores, que gritáis de miedo; callaremos; pero sólo callaremos *espontáneamente* cuando *hayamos* hablado.

## CARTA SEGUNDA

ESCRITA Á ANDRÉS POR EL MISMO BACHILLER

**Q**ué país, Andrés, el de las Batuecas! ¡Cuánto no promete! ¿De mi amistad exiges que siga poniendo en tu noticia lo que de este extraordinario suelo pueda alcanzar á tener? ¿Gustóte mi primera epístola? Juro en buen hora por mi honor, y ya sabes que este juramento es en estos tiempos y en las Batuecas cosa seria y sagrada, juro por mi honor, digo, que no tengo de parar hasta que tanto sepas en la materia como yo.

De poco te asombras, querido amigo: nada es lo que he dicho en comparación de lo que me queda que decir. Te dije que no se leía ni se escribía. ¿Cuál será tu asombro y tu placer cuando te pruebe que tampoco se habla? ¿No puedes concebir que llegue á tanto la moderación de este inculto país? ¿Y por eso le llaman inculto? ¡Hombres injustos! Llamáis á la prudencia miedo, á la moderación apocamiento, á la humildad ignorancia. Á toda virtud habéis dado el nombre de un vicio.

¿Puede haber nada más hermoso ni más pacífico que un país en que no se habla? Ciertamente que no, y por lo menos nada puede haber más silencioso. Aquí nada se habla, nada se dice, nada se oye.

¿Y no se habla, me dirás, porque no hay quien oiga, ó no se oye porque no hay quien hable? Cuestión es esa que dejaremos para otro día, si bien cuestiones andan en esos mundos decididas, acreditadas y creídas más paradójicas que esta. Empero conténtate por ahora con saber que no se habla: costumbre antigua tan admitida en el país, que para ella sola

tienen un refrán que dice: «Al buen callar llaman Sancho;» y no necesito decirte la autoridad que tiene en las Batuecas un refrán, y más un refrán tan claro como este.

Llégame a una concurrencia. «Buenos días, don Prudencio; ¿qué hay de nuevo?—Tsí, calle usted, me dice con un dedo en los labios.—¿Que calle?—Tsí; y se vuelve á mirar en derredor.—Hombre, si yo no pienso decir nada malo.—No importa, calle usted. ¿Ve usted aquel embozado que escucha?... Es un esp... un sop...—¡Ah!—Que vive de eso.—¿Y se vive de eso en las Batuecas?—Ese es un hombre que vive de lo que otros hablan, y como ese hay muchos; así que todos estamos reducidos aquí á no hablar; mírenos usted oscuramente envueltos en nuestras capas, hablando por dentro del embozo, desconfiando de nuestros padres y nuestros hermanos... Parece que hemos cometido todos ó vamos á cometer algún delito.. Imite usted nuestro ejemplo, que en ello le va más de lo que le parece.»

¿Hay cosa más rara? ¡Un hombre que vive de lo que otros hablan! ¿Y dicen que los batuecos no son industriosos para vivir?

Va á edificarse un monumento que podrá dar gloria á las Batuecas; el plan es colosal, la idea magnífica, la ejecución asombrosa; pero hay un defecto, un defecto también colosal: me apresuro: yo le haré conocer, yo le haré desaparecer. «Señor don Timoteo, traigo un artículo para usted: insérteme usted en su miscelánea.—¡Ah! ¿Esto? Es imposible.—¡Imposible!» Y me añade al oído: «Usted no sabe que el sujeto que ha propuesto el plan se llama D. Y. Z.—Bien pudiera llamarse así ese sujeto y corregirse el defecto.—Pero es pariente del señor...—¿Y no pudiera seguir siendo su pariente después de desaparecer el defecto?—Cierto; no me entiende usted; es mal enemigo, y no me atrevo á insertarlo.»

¡Oh inagotable capítulo de las consideraciones! Por todos lados adonde nos volvamos para marchar encontramos con la pared. ¡Qué de elogios no merece esta noble moderación, este respeto á las personas que pueden, entre los batuecos!

Encuéntrome con un escritor público. «Señor bachiller, ¿qué le parecen á usted mis escritos?—Hombre, me parece



que no hay nada que pedirles, porque nada tienen.—¡Siempre ha de decir usted cosas!...—¡Y usted nunca ha de decir cosas! ¿Por qué no fulmina usted el anatema de la crítica contra ciertas obras que nos inundan?—¡Ay, amigo! Los autores han descubierto el gran secreto para que no les critiquen sus obras. Zurcen un libro. ¿Son vaciedades? No importa. ¿Para qué son las dedicatorias? Buscan un nombre ilustre, encabezan con él su mamotreto, dicen que se lo dedican, aunque nadie sepa lo que quiere decir eso de dedicar un libro, que uno hace, á otro que nada tiene de común con el tal libro, y con este talismán caminan seguros de ofensas ajenas. Ampáranse como los niños en las faldas de mamá para que papá no los pegue. ¿Por qué no pinta usted el desorden de nuestras costumbres y de nuestras...—¡Ah! ¿No conoce usted el país? ¿Yo satírico? ¡Si tuviera el vulgo la topeza de entender las cosas como se dicen! Pero es tanta la penetración de estos batuecos, que adivinan el original del retrato que usted no ha hecho. Dice usted que es ridículo el ser un *calzonazos*; y que es un pobre hombre todo Juan Lanás, y sale un importante de estos que á costa de tener reputación se conforman con tenerla mala, y exclaman á voces: ¡Señores! ¿Saben ustedes quién es ese Juan Lanás de quien habla el satírico? Ese Juan Lanás soy yo: porque para eso de entender alusiones no hay hombres como los batuecos.—Hombre, ¿qué ha de ser usted? Si el autor no le conoce siquiera...—No importa; apuesto mi cabeza á que soy yo; y os pone un cartel de desafío, y no hay sino dejaros matar porque él es un necio.—¿Quién es aquella *sultana del Oriente*? le dicen á usted.—Cualquiera que se halle en ese caso, responde usted.—¡Picarillo! le reponen; sí, á mí con esas... Esa es la X\*\*\*. Como si no hubiera más que una en Madrid—Agregue usted á esto que la naturaleza reparte sus dones con economía, y dando fuerzas á aquel á quien negó el talento, corre el satírico gran riesgo en las Batuecas de que su cabeza se encuentre en el mismo camino de un garrote, encuentro siempre que puede traer peores consecuencias para la primera que para el segundo.—Bien, pues no sea usted satírico: sea usted justo no más. Cuando representan pésimamente una comedia, cuando cantan rabiando una ópera, cuando es la decoración mezquina, ¿por qué no levanta su voz?—Con gente del teatro nunca se las haya usted. Cervantes lo dijo. Nunca les falta algún

campeón que defenderá su pleito, campeón formidable. Además es ese un teclado en que no se ve más que el exterior: nunca se sabe quien le toca; detrás del retablo y de esas figuritas de pasta de Gaiferos y los moros, debajo del parche de Maese Pedro está Ginesillo de Pasamonte que los mueve: ¡ay! no tome usted la defensa de la infeliz Melisendra, no desbarate las figuras, que si la mona se escapa al tejado, si rompe la ilusión, si destroza las muñecas, las pagará caras. Esa es, en fin, materia sagrada, y *nadie las mueva, que estar no pueda con Roldán á prueba*.—Pero, señor, nunca se ha ahorcado á nadie por decir que fulano es mal cómico.—Lo que se ha hecho, señor bachiller, y lo que se hará, mejor se está callado.—Se reclama, se apela...—Señor Munguía, quiero contarle á usted un cuentecillo, y es caso ocurrido no há muchos meses en un lugarcito de las Batuecas.

«Corríanse un día novillos, y contra la costumbre establecida en esos pueblos de salir enmaromado el animal, bien como debían andar por el mundo muchos animales de asta que yo conozco para que no hicieran daño, hubieron de determinarse á dejarle suelto por las calles. Capeábanle los mozos alegremente, y fué el caso que uno de ellos, más valentón que sus compatriotas, en vez de sortear al novillo se dejó sortear por él; notable equivocación: enganchóle el asta retorcida de la faja que en la cintura traía, y aun no se sabe cuáles hubieran sido las vicisitudes del jaque á no haber acudido en su auxilio dos primos suyos, movidos de aquel impulso natural que todos tenemos de amparar á los que andan enredados con los animales cornudos. Soltáronle en efecto. Pero como quiera que los novillos no valgan nada cuando no hacen algunas de las suyas, amotinóse en la plaza la parcialidad contraria á nuestro jaque, clamando que para eso no se sacaba al novillo, y que el que no supiese torear la pagase, y que había sido una mala partida meterse entre dos que riñen á su salvo: que aquello de ayudar al capeador había sido una alevosía contra el toro; y aun es fama que alguno de los más leídos, que debía ser sobrino del cura, trató aquello de traición semejante á la de Beltrán Claquin, como le llama nuestro Mariana, cuando volviendo lo de abajo arriba dijo en Montiel: *Ni quito ni pongo rey*. Como quiera que fuese, creció la zambra, enronqueciéronse las voces, alzáronse los palos, y no se sabe en qué hubiera parado aquella nueva dis-

cordia de Agramante, á no haberse aparecido en medio de la confusión la divina Astrea, disfrazada en figura de alcalde, que el mismo diablo no la conociera, con medio pino en la mano en vez de balanza, y sin venda, porque es sabido que el que no ve con los ojos abiertos, excusa tapárselos para no ver; y á su decisión prometieron resignarse todos. Alegaron las partes, escuchólas á entrambas aquel rústico Lain Calvo, que fué milagro que se cansó en oírlas para sentenciar (aunque hay quien asegura que se durmió mientras hablaron), y dijo en conclusión alzando la voz estentórea: «Señores, por la vara que tengo en la mano, y tenía el tal medio pino que llevamos referido, juro á bríos que me he enterado, aunque me esté mal el decirlo: y condeno á los dos primos á una multa para mis urgencias, es decir, para las urgencias de la justicia, que soy yo, por haber quitado la acción al animal; y declaro que en lo sucesivo nadie sea osado á ayudar en función de esta clase á ningún mozo, por lo menos hasta después de la primera embestida, porque el primer golpe es de derecho del toro, y nadie se le puede quitar. Y Dios sea con todos.» Con cuya decisión debió quedar el pueblo sosegado y usted convencido. ¿Me ha entendido usted, señor bachiller? Pregúntolo porque, si no me ha entendido ahora, excuse hacer más preguntas, que ya nunca me entenderá.

»Así, pues, líbrese de la primera embestida, y no lo deje para la segunda; y desengáñese, que en las Batuecas si nos quita el adular, nos quita el vivir; es preciso contentarse con decir en todo papel impreso, que la comedia estuvo de lo lindo; que todos los actores, incluso los que no la representaron, se sobrepujaron á sí mismos, que es frase que quiere decir mucho aunque no hay un cristiano que la entienda; que la decoración fué cosa exquisita; que el público anduvo acertado en aplaudirla; que la invención última es el *summum* del saber humano; que el edificio, y que la fuente, y que el monumento son otras tantas maravillas; que aquella otra cosa está planteada sobre las bases más sólidas y los auspicios más felices; que la paz y la gloria, y la dicha y el contento llegaron á su colmo; que el cólera no viene á las Batuecas porque describe triángulos acutángulos, y es cosa averiguada que todo el que describe esta figura al andar no puede pasar de cierto punto; entreverar un articulejo de volapiés, que esto á nadie ofende sino al toro; ingerir tal cual examen analítico

de la obra última entre si diré, si no diré lo que hay en la materia, tal cual anacreónica, donde se le digan á Filis cuatro frioleras de gusto, con su poco de acertijo, y algún sonetuelo de circunstancias, que es cosa que sabe como cada fruta en su tiempo, y en las demás materias ¡chitón! que las noticias no son para dadas, la política no es planta del país, la opinión es sólo del tonto que la tiene, y la verdad estése en su punto. Además de que la lengua se nos ha dado para callar, bien así como se nos dió el libre albedrío para hacer sólo el gusto de los demás, los ojos para ver sólo lo que nos quieran enseñar, los oídos para sólo oír lo que nos quieran decir, y los pies para caminar adonde nos lleven.

»Y á alguno conozco yo, señor bachiller, que argüía á uno de estos que pregonan la felicidad presente; y arguyéndole con ejemplos bien palpables, le repetía á cada punto: ¿Con que estamos bien? Á lo que le fué respondido como respondió Bossuet al jorobado: «Para batuecos, amigo mío, no podemos estar mejor.»

Así ves, Andrés mío, á los batuecos, á quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido la lengua, no acertar á darse mutuamente los buenos días, tener miedo pazguatos y apocados á su propia sombra cuando se la encuentran á su lado en una pared, y guardándose consideraciones á sí mismos por no hacerse enemigos, sucediéndoles precisamente que se mueren de miedo de morirse, que es la especie de muerte más miserable de que puede hombre morir. Bien como le sucedió á un enfermo á quien un médico brusista había mandado no comer si quería evitar la muerte, que comiendo, según decía, le amenazaba; el cual á poco tiempo de este regimen dietético se murió de hambre.

Por lo demás, querido Andrés, te confieso que trae muchas ventajas el no hablar, y no quiero citarte para convencerte entre otros ejemplos sino el pícaro resultado y la larga cola, que más bien parece maza que cola, que nos han traído aquellas palabras que se hablaron en los principios del mundo, esto es, las que dijo á Eva la serpiente acerca del asunto de la manzana: trance primero en que empezó ya á hacer la lengua de las suyas, y á dar á conocer para qué había de servir en el mundo. Sin lengua, ¿qué sería, Andrés, de los chismosos, canalla tan perjudicial en cualquiera república bien ordenada? ¿qué de los abogados? Ni existiera sin lengua la